

# Un Doble Procedimiento Apologético

Por Greg L. Bahnsen

“¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” Pablo podía plantear su método apologético para la fe Cristiana con base en este conjunto de preguntas retóricas (1 Cor. 1:20), sabiendo que la palabra de la cruz destruye la sabiduría del mundo y que reduce su discernimiento a la nada (v. 19). El corazón no regenerado, con su mente entenebrecida, evalúa al evangelio como debilidad y locura (vv. 18, 23), pero lo cierto es que éste expresa el poder salvador y la verdadera sabiduría de Dios (vv. 18, 21, 24).

Lo que el mundo llama “locura” en realidad es sabiduría. A la inversa, lo que el mundo considera “sabio” en realidad es locura. El no creyente tiene todos sus criterios al revés, de modo que se burla de la fe Cristiana o la mira como algo intelectualmente deshonesto. Pero Pablo sabía que Dios podía desenmascarar la arrogancia de la incredulidad y exhibir su lamentable pretensión de conocimiento: “Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (v. 25). Aunque el no creyente mira la fe Cristiana como algo loco y débil, esa fe tiene la fuerza y los recursos intelectuales para exponer la “sabiduría mundana” por lo que verdaderamente es: una total locura. Dios ha escogido lo (así llamado) necio del mundo para poder *avergonzar* a aquellos que se jactan de su (así llamada) sabiduría (v. 17).

Frente a la revelación de Dios el no creyente está “sin excusa” [sin apologética] (cf. Rom. 1:20, en el Griego). A la larga, su posición intelectual no tiene credenciales que valgan la pena. Cuando se enfrenta contra el desafío intelectual del evangelio tal como Pablo lo presentaba, el no regenerado se queda sin lugar y sin posición. Pablo expresa el resultado del encuentro de manera sucinta cuando declara, “¿Dónde está el *sabio*? ¿Dónde está el disputador de *este siglo*?” El hecho es que Dios *confunde* la sabiduría de este mundo, de modo que no queda lugar para el no creyente genuinamente sabio. No ha nacido el hombre que pueda debatir y defender de manera adecuada la perspectiva de este mundo (i.e., la incredulidad). No se puede justificar el rechazo a la fe Cristiana, y la posición intelectual del no creyente no se puede defender de manera genuina en el mundo del pensamiento. Las armas espirituales del apologista Cristiano son poderosas en Dios para la *destrucción* de argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios (2 Cor. 10:4-5). El no creyente, como vimos en el último estudio, es un necio según la perspectiva escritural, y como tal su posición equivale a un *desprecio del conocimiento* (Prov. 1:20-22); su ataque intelectual contra el evangelio proviene de un “conocimiento” *llamado así de manera falsa* (1 Tim. 6:20).

El apologista debe tener como propósito avergonzar este supuesto conocimiento (que es, en el fondo, un menosprecio del conocimiento); debiese poner de manifiesto la necedad de esta “sabiduría” del mundo. Esto requiere mucho más que un esfuerzo poco sistemático por aducir vagas probabilidades de evidencias aisladas a favor de la racionalidad del Cristianismo. En vez de eso, requiere una demostración a plena escala de la *irracionalidad*

del anti-Cristianismo en contraste con la *certidumbre* de verdad que se encuentra en la Palabra de Dios. El Dr. Van Til escribe:

La batalla entre el teísmo Cristiano y sus oponentes cubre todo el campo del conocimiento... La afirmación fundamental del teísmo Cristiano es simplemente esta, que no se puede saber absolutamente nada a menos que Dios exista y sea conocido... Lo importante de señalar es esta diferencia fundamental entre el teísmo y el antiteísmo sobre la cuestión de la epistemología. No hay un solo lugar en el cielo o en la tierra sobre el cual no haya disputa entre las dos partes en oposición.

(*Un Examen de la Epistemología Cristiana*, Fundación Cristiana den Dulk, 1969, p. 116.)

Se puede decir que el método de razonar por presuposiciones es indirecto más que directo. El asunto entre los creyentes y los no-creyentes en el teísmo Cristiano no se puede arreglar por medio de una apelación directa a los “hechos” o “leyes” sobre cuya naturaleza y significado se hayan alcanzado acuerdos por las partes que participan del debate... El apologista Cristiano debe colocarse en la posición de su oponente, asumiendo el carácter correcto de su método simplemente por causa del argumento, para así mostrarle que, con base en tal posición, los “hechos” no son hechos y las “leyes” no son leyes. También debe pedirle al no-Cristiano que se coloque en la posición Cristiana por causa del argumento para poderle mostrar que sólo sobre tal base los “hechos” y las “leyes” aparecen como elementos inteligibles...

Por lo tanto, se debe hacer la afirmación que solamente el Cristianismo es razonable, y por ende, que los hombres pueden abrazarlo con suma confianza. Y que es totalmente irracional, que es completamente irracional sostener cualquier otra posición aparte del Cristianismo. Solamente el Cristianismo no crucifica a la razón en sí... La mejor, la única prueba absolutamente cierta de la verdad del Cristianismo es que, a menos que se presuponga su verdad, no hay prueba de nada. Se prueba así que el Cristianismo es el fundamento mismo de la idea de la prueba en sí.

(*La Defensa de la Fe*, Filadelfia: Presbyterian and Reformed, 1955, pp. 117-118, 396.)

Se le debe responder al necio mostrándole su necesidad y la necesidad del Cristianismo como la precondition para que exista la inteligibilidad.

En Proverbios 26:4-5 se nos instruye en cuanto a como debemos responderle al no creyente necio – como debemos demostrar que Dios avergüenza a la así llamada “sabiduría” de este mundo. “Nunca respondas al necio de acuerdo con su necesidad, para que no seas tú también como él. Responde al necio como merece su necesidad, para que no se estime sabio en su propia opinión.” Aquí se describe el doble procedimiento apologético mencionado antes por Van Til. En primer lugar, no se le debe responder al no creyente en términos de sus propias presuposiciones mal orientadas; el apologista debe defender su fe trabajando a partir de sus propias

presuposiciones. Si se rinde ante las nociones del no creyente, el creyente jamás podrá presentar razón de la esperanza que hay en él. Habrá perdido la batalla desde el principio, quedándose atrapado constantemente detrás de las líneas enemigas. Y por ende, no se hará gala de la fortaleza intelectual y el desafío del Cristianismo.

Pero luego, en segundo lugar, el apologista debe contestarle al necio de acuerdo a sus auto-proclamadas presuposiciones (i.e., de acuerdo a su necedad). Al hacer esto, tiene como propósito mostrarle al no-creyente el resultado de aquellas nociones. Perseguidas por su fin constante, las presuposiciones de la incredulidad hacen que el razonamiento del hombre se torne vano y su experiencia, incomprendible; en resumen, conducen a la destrucción del conocimiento, al callejón sin salida de la inutilidad epistemológica, a la necedad plena. Al colocarse en la posición del no-creyente y llevarla al punto en que – en su locura – socava los hechos y las leyes, el apologista Cristiano le impide al necio ser sabio en su propia presunción y engreimiento. De modo que puede concluir, “¿Dónde entonces *está* el disputador sabio de este mundo?!” No hay ninguno, pues como lo ilustra la historia de la filosofía humanista de manera tan clara, Dios ha avergonzado la sabiduría del mundo. Es confundida por la predicación “necia” de la cruz.

Traducción de Donald Herrera Terán, para <http://www.contra-mundum.org>